

JARDÍN DE MESTRE TONI, EN PALMA DE MALLORCA



Cuadro de ROMÁN RIBERA.

*Exposición de don Pio Clos (Rambla de los Estudios, 6).*

## BELLAS ARTES

La devota que honra la fachada de este número podrá no ofrecer toda aquella unción que en la iglesia se requiere, pero atestigüa una vez más el habilidoso pincel de Román Ribera, que presta á los mundanales atavíos de la mujer el encanto de su realismo culto y señorial.

José Navarro parece el heredero de la fecundidad artística de Baldomero Galofre y de las deslumbradoras galas de ejecución de la escuela fortuniana. Posee todas las cualidades para hacer agradable una obra de caballete: prodigiosa inventiva, riqueza de color, vastidad de composición, buen gusto en la elección de temas y, sobre todo, un mecanismo atractivo y simpático, base principal de su reputación.

Trata generalmente asuntos modernos, aunque buscados en la naturaleza pintoresca. Enamorado de las costumbres árabes y del sol de África, gusta con frecuencia de transcribir escenas de mercados ó bazares de Tánger, donde encuentra manantial inagotable para su inspiración colorista. Y sorprende el abigarramiento de los trajes y las deslumbradoras claridades del sol con una intuición y un aplomo que no temen obstáculos.

También las escenas de gitanos y los mercados españoles al aire libre, en las inmediaciones de las ciudades, con sus aglomeraciones de ganados, cacharros, vehículos y cachivaches de todas clases; con sus grupos de

gañanes y compradores que se extienden por todos los planos de la escena hasta perderse en la línea de horizonte; con las características arquitecturas que tanto color local dan á esas ferias, y con ese sol esplendoroso que inunda con su blanca luz el ámbito entero de la composición, recordando violentamente las sombras sobre el polvo gris del terreno, son tema favorito de sus cuadros.

No se crea, por ello, que no trate otra clase de asuntos de carácter menos popular. No ha mucho, vimos en una exposición de acuarelas, algunas de José Navarro, en cuyo género es maestro; una, representaba el mundo elegante de Madrid en un día de paseo por la Castellana, en la que no cabía pedir más distinción y elegancia; y otra, de un tema veneciano de gusto tan exquisito como admirable ejecución.

Con lo expuesto queda explicado el valor y los móviles del cuadro que reproducimos hoy, lo cual nos excusaría de entrar en más detalles, si no quisiéramos llamar la atención acerca los de la parte izquierda del cuadro, no tanto por lo pintoresco cuanto por su valor artístico real.

De J. Freixes-Saurí es el *Paisaje* que cierra este número, en el que campean dotes de estudio y observación muy recomendables.

FRANCISCO CASANOVAS

## ADVERSIDAD

Pedro tenía veinticinco años y un corazón grande, y aunque había recibido una herida en lo más delicado de sus sentimientos, guardaba Pedro muchas ilusiones, todas á cual más hermosa. El no creía ni era del parecer de muchos jóvenes de su edad que, con unos bigotes muy retorcidos, se titulaban escépticos. Y cuando alguno de éstos le instaba á hablar respecto al desencanto aquél... él contestaba con evasivas, en donde latía la esperanza, siempre regeneradora del hombre. El creía en un tiempo mejor, y decía seriamente que los jóvenes no podían ser escépticos, y al que quisiera parecerlo, lo creía un necio. En los viejos, sí, era para él natural este convencimiento de que todo es nada, porque la vejez, la experiencia... y así se perdía en un montoncito de cortas reflexiones.

El creía, esperaba y sufría. A esto se reducía toda su vida. Y creía sin ser un gran crédulo y esperaba, pero no el maná, porque era rico y podía vivir cómodamente. En cuanto á sufrir, sufría porque había amado y creía amar aún. Amar algo era para él sufrir mucho; y cuando alguno de sus amigos le hablaba de mujeres, con la misma fatuidad y menosprecio que si hablaran de una cosa puramente material, pero no de gran utilidad; consideraba á éste falto de sentido común, y más, cuando uno de éstos terminaba de contar una de esas historias que echan por tierra toda una señora honra. Entonces sufría su espíritu una emoción profunda y se le oprimía el corazón. Se acordaba de su madre, mujer ante sus ojos de hombre, y ser santo é idealísimo ante su alma de hijo que venera y adora á quien le dió la existencia.

Sus amigos, los jóvenes escépticos, solíanle llamar socarronamente «el bienaventurado Pedro». Y al darle este nombre, le golpeaban las espaldas cariñosamente. ¿A qué ser bueno no le han golpeado en prueba de cariño?

El, ante tales pruebas de simpática confianza, miraba pacíficamente á los llamados sus amigos y se encogía de hombros.

Uno de los tantos días en que se reunía con varios de éstos, fuéronle presentados dos jóvenes que, por parecerse á ellos, estaban también seguros de que las mujeres todas eran unas livianas mariposas, llenas de presunción y adorno, que no servían para nada bueno; y, á propósito, salieron á relucir los nombres de varias señoras; las unas respetables por su posición social, y las otras, no menos, por su virtud, Pedro se alejó de entre ellos, y nerviosamente preocupado se fué á su casa con el buen deseo de abrazar á su madre.

Mientras tanto, los amigos de Pedro quedaron charlando cada cual de sus hazañas, y cuando notaron que éste se había marchado llamáronle inocentón, manso cordero, etc. Después, comentaron un hecho pasado un año antes, en el que figuraban Pedro y una mujer en primer lugar. Ello era una historia sencilla y profundamente triste para Pedro, pero que sus amigos, riendo, calificaban de graciosísima, estupenda, morrocotuda.

En concreto era esto.

Pedro había tenido relaciones amorosas con una jovencita rubia y de una belleza melancólica que, huérfana á los quince años, quedó dueña de una regular fortuna; mas, como menor de edad, fué impuesto un tutor, siendo éste, un hermano del padre. Pedro amó á Casilda con el

verdadero entusiasmo de un alma virgen de pasiones, y ella demostró siempre tener unos sentimientos delicados y un corazón rico en ternura para su Pedro.

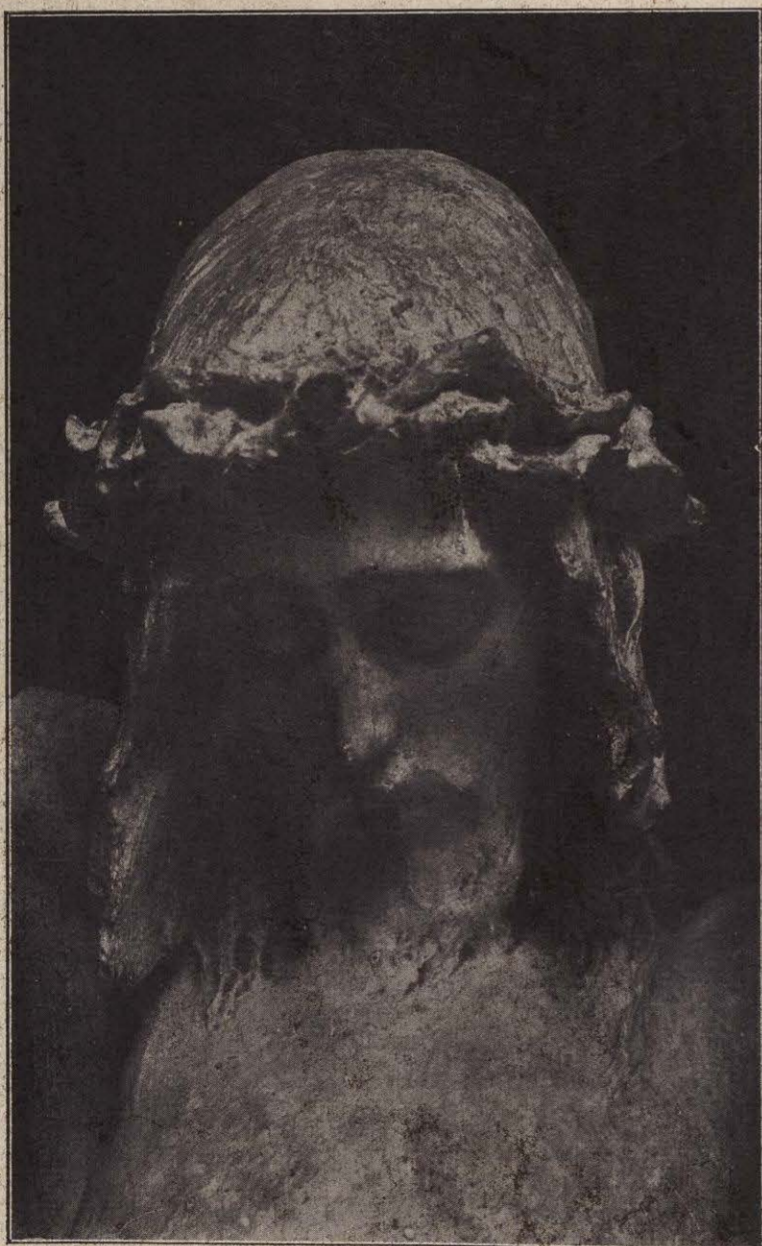
Pero, durante los dos años que duró el idilio de Pedro y Casilda, no pudo éste conseguir que de aquellos labios preciosos, que él adoraba, saliera una risa franca y expansiva, tal como lo son las carcajadas de las inocentes de diez y siete años. Aquella niña de ojos grandes y azules, como el firmamento, estaba siempre triste. Pedro, inquieto, quiso saber la causa de esta tristeza, y sólo le contestó Casilda con un torrente de lágrimas que hicieron palidecer al simpático muchacho. Y como vio lo inútil de sus indagaciones, respetó el dolor de aquel ángel y aprendió á callar y á sufrir.

Un día fueron á avisarle de que su Casilda estaba enferma, y él corrió á su lado, lleno de dolor. Cuando llegó, acababa Casilda de tener un vómito de sangre y el médico no daba esperanzas de salvarla.

Casilda yacía exánime sobre los ricos almohadones de su cama, blanca como el plumaje del cisne. Sus lindas manecitas, cruzadas y apretadas sobre el pecho, parecían querer cerrar el paso á la vida que huía de éste.

Su tutor, de pie en medio de la estancia, temblaba, como si el condenado á muerte fuese él.

La poética cabeza de Casilda, orlada por una cascada de cabellos de oro, se había vuelto hacia la puerta. Su oído fino había percibido los pasos precipitados de su Pedro. Este entró en el que él llamaba santuario y, queriendo parecer sereno, se acercó al lecho y besó con veneración los dedos preciosos de su vida, de su amor.



ESCULTURA de JOSÉ LLIMONA.

Fotografía de A. Mas.

Casilda, después de dar una mirada de desprecio á su tutor, le ordenó, con débil ademán, que saliera. Quería estar sola con su Pedro. El tío obedeció como un autómatas. Pedro, nada comprendía.

Ella, al quedar solos, miró á Pedro con el desvarío del que nada espera, y con dulce, pero torpe acento, contestó á una pregunta que Pedro le había hecho en diferentes ocasiones. El por qué de su tristeza. Aquellos labios divinos, untados en otros días del rojo más fructuoso, pronunciaron estas palabras con voz ahogada por un estertor sordo:

—¡Pedro, amor mío; mi padre me dió por tutor á un hombre sin conciencia, que la primera noche que descansé bajo su techo abusó brutalmente de tu Casilda é imposibilitó tu desgraciado amor!

Y Pedro, loco, con los puños cerrados y la mirada brillante y extraviada, no se fijó en que la tan preciosa como infeliz niña, había dejado de existir al confesar su secreto.

Después gritó, se volvió loco, y riendo y llorando juraba matar al tutor de la desgraciada Casilda. No consiguió otra cosa el infeliz, que enterar á todo el mundo de la deshonra de su amor.

La gente habló del caso, haciendo los más prosaicos comentarios, pero él, después de pasado el escorzo del terrible bofetón con que le había obsequiado la señora desventurada, siguió sufriendo, creyendo y esperando.

MERCEDES CUSTODIO

## ¿INCESTO?

La tarde era destemplada, tristona; una de esas que los amantes eligen para vivir de sus recuerdos, como si el placer de hoy, lleno de languideces voluptuosas y vaguedades de ensueño, lograra sólo despertar en su memoria imágenes de otros, poco definidos, aunque más embriagadores, tal vez por lo remotos, que los extremos á que su pasión delirante los lleva en las horas de abandono.

Eduardo y Pepita, sentados en muelle otomano, enlazadas las manos y muy juntitos, complacíanse en recordar todas las peripecias de su amor, el primer encuentro, analizando con infantil minuciosidad hasta los más pequeños detalles de aquella pasión, nacida al acaso, y cuando ya ambos habían traspasado el límite de la primera juventud. Nada escapó á la mirada retrospectiva de los amantes.

Las timideces y miradas primeras, el abordaje en plena vía pública, una noche en que ella, con paso menudito, se dirigía á casa de una amiga, enferma á la sazón; el espanto que aquel atrevimiento la produjo; sus protestas de honradez inquebrantable; la rectitud de intenciones de que él, con tanta seriedad, daba seguridades; los preliminares deliciosos de la capitulación, inconsciente, inevitable, la primera de su vida, modelo de fidelidad conyugal durante su matrimonio, intachable durante su viudez; todo el proceso, en fin, de aquella pasión, criminal para el mundo, aunque desprovista para ellos de remordimientos.

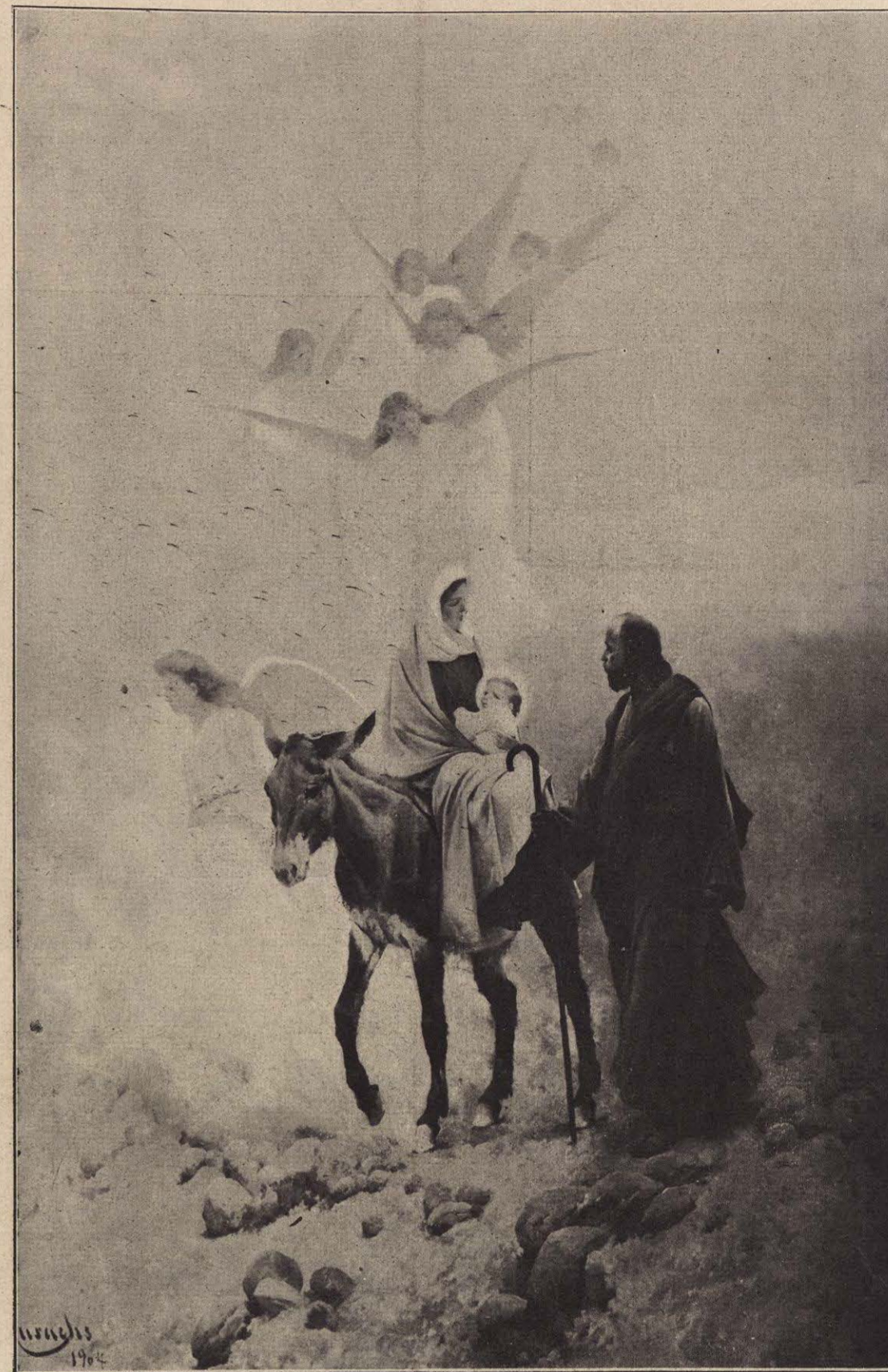
Y luego, las horas de abandono pasadas en el cuarto de soltero de Eduardo, en aquel nidito, coquetón desde que ella había pasado por él, prestándole su perfume, sus encantos.

La evocación de cada episodio, por fútil que hubiera sido, era objeto de interminables disquisiciones, de sibaríticos paladeos, especialmente, el primer beso, robado, según ella, en el arrobamiento de una mirada intensa, compenetradora, sugestiva.

Y aunque ya, muchas veces, se habían puesto á analizar el desarrollo de sus amores, á ninguno se le ocurrió descubrir la génesis de aquel sentimiento, el origen del impulso irresistible que los había echado al uno en los brazos del otro.

Ya llegaban en su escaqueo al presente, cuando Pepita, fijando con empeño sus ojos en los ojos de Eduardo, exclamó:

—Dime, nenito; ¿por qué te enamoraste de mí? ¿cómo llegué á interesarte?



LA HUIDA A EGIPTO

Fot. de A. Mas.

CUADRO DE JOSÉ CUSACHS, DESTINADO Á LA IGLESIA DEL MONASTERIO DE MONTSERRAT.

La brusquedad de la pregunta dejó á Eduardo confuso, sin saber qué contestar.

La verdad era que nunca se había detenido á investigar el arranque de un amor que llenaba completamente su vida; pero era preciso satisfacer la curiosidad de su amada, y se apresuró á decir algunas vulgaridades que, sólo á medias, lograron convencerla.

Creyó un deber exigir una confesión semejante, y el consabido: «¿Y tú?» salió de sus labios.

—Es toda una historia —dijo Pepita. — Ya conoces mi carácter, y sabes que en mí, la dignidad y el honor se sobreponen á la pasión más avasalladora. Si sólo hubiera visto en ti al hombre, más ó menos apasionado, más ó menos interesante, la capitulación no habría sobrevenido. Cuando nos vimos por primera vez, creí leer en tus ojos una vida de libertinaje, una encarnación de la impudicia, y sentí, sino repugnancia, indignación, al pensar que me considerarías conquista fácil, presa segura; una de esas mujeres que ceden al primer requerimiento, á una simple invitación.

» Mas, á pesar de este efecto deplorable, despertóse en mí algo nuevo, desconocido, embriagador y mortificante á un tiempo; y como á nosotras, las mujeres, nos preocupa cuanto llega á impresionarnos en cualquier forma, una invencible curiosidad de saber quién eras se apoderó de mí.

» Mi amiga advirtió el cambio operado en mi carácter y, evocando nuestra amistad, nunca desmentida, arrancóme una franca confesión del estado de mi alma.

» Contra lo que yo esperaba, no se burló de mí; antes bien, interesóse